Emilio Taboada. - Teodoro Gutiérrez.

TRAGEDIA DE CELOS

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

Copyright, by Emilio Taboada y Teodoro Gutiérrez, 1918.

MADRID, 1918
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24.

Emilio Taboada. - Teodoro Gutiérrez.

TRAGEDIA DE CELOS

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL

Estrenado con buen éxito en el Coliseo Imperial, de esta corte, el día 20 de febrero de 1918.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO
Libros depositados en la
Biblioteca Nacional
Procedencia
T BORRAS
N.º de la procedencia
4968

MADRID, 1918
Est tip. de El IMPARCIAL. Duque de Alba, 4.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A Pepe del Valle,

como testimonio de afecto y de agradecimiento,

LOS AUTORES

724442

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CARMEN	SRTA. BLÁZQUEZ.
PEPITA	NICOLÁS.
ROSARIO	MATA.
NICASIA	SRA. CORCUERA.
DON ANATOLIO	SR. DEL VALLE.
DON UBALDO	SÁNCHEZ.
POLICETO	ABAD.
OAQUÍN	CRIADO.

Derecha e izquierda del actor. — La acción en Madrid.
Época actual. — Es por la tarde.

ACTO UNICO

Gabinete lujosamente amueblado. A la derecha, en primer término, balcón practicable. Puertas al foro y laterales. Pendiente del techo, aparato de luz eléctrica, con llave para poder dar luz cuando se indique. Sofá, a la derecha; butacas, sillas volantes, etc.

ESCENA PRIMERA

ROSARIO; después, CARMEN. Rosario, que es la doncella de la casa, aparece por la puerta del foro. Trae, apoyado en la cadera derecha, un retrato, bastante grande, de un señor viejo, pintado al óleo. Al llegar al sofá apoya el cuadro en el mueble, sentándose para descansar.

ROSARIO

(Llamando.) Señorita.

CARMEN

(Dentro.) ¿Qué quieres?

ROSARIO

¿Dónde coloco a su papá, que en paz descanse?

CARMEN

(Dentro.) Déjale detrás de la puerta de la despensa, que mañana le colgaremos.

ROSARIO

¡Pobre señor!

CARMEN

(Dentro.) Rosario.

ROSARIO

¿Qué desea la señorita?

CARMEN

(Dentro.) ¿Encontraste la dentadura del señorito?

ROSARIO

Sí, señora; estaba dentro de la sopera.

CARMEN

(Saliendo por segunda izquierda.) ¡Jesús, Jesús! ¡Qué lío de casa! ¿Dónde dirás que han traído al gato?

ROSARIO

Yo dije a Joaquín que lo metiera en la cesta de la compra.

CARMEN

Sí, ¿eh? Pues lo he encontrado dentro de la caja de mis sombreros. ¡Malditas mudanzas! Afortunadamente, ya está todo en orden... ¡Ah! Baja a la portería, que creo que falta la llave del portal y que sólo han entregado un llavín de la puerta de la escalera.

ROSARIO

Voy, señorita. *(Medio mutis.)*

CARMEN

Llévate el retrato del señor a la despensa, que mañana le colocará Joaquín.

ROSARIO

¿Manda algo más la señorita?

CARMEN

No; puedes retirarte.

(Mutis Rosario por el foro, llevándose el retrato.)

ESCENA II

CARMEN

Estoy rendida. Bueno; ya estamos instalados en otra casa, que, por sus inmejorables condiciones, podríamos vivir en ella mucho tiempo, y, sin em-

bargo, tengo la seguridad que dentro de poco tendremos que andar de nuevo con los trastos en danza, porque en esta casa, como es lógico que así sea, vivirá algún hombre, siendo esto lo bastante para que mi marido, con sus ridículos celos, quiera mudarse; y así, nos pasamos la vida de casa en casa, destrozando los muebles de tal manera, que da compasión verlos. Todos los muñequitos de porcelana que me servían de adorno en mi gabinete se han ido rompiendo poco a poco. Una cotorrita disecada que tenía yo en gran estima porque mi madre, que en gloria esté, la quería como de la familia, pues decía que tenía un gran parecido con un tío suyo que murió del garrotillo en sus brazos, se le ha caído el plumaje al animalito y está la pobrecilla que parece una barrita de Viena. ¡Es claro! Con este continuo trajín es imposible conservar nada. Se dice pronto. Veintisiete mudanzas en tres años. Hasta los caballos de los carros de mudanza, cuando me ven por la calle, vuelven la cabeza, y es que me conocen. ¡Vaya si me conocen!

ESCENA III

CARMEN y ROSARIO; a poco, NICASIA

ROSARIO

(Desde la puerta del foro.) ¿Se puede?

CARMEN

Adelante.

ROSARIO

Señorita, la portera ha subido conmigo porque quiere hablar con la señorita.

CARMEN

Bueno; dila que pase.

ROSARIO

Con permiso de la señorita me voy a permitir aconsejarla que no la dé mucha conversación, pues

es capaz de levantar dolor de cabeza a la estatua de Colón.

CARMEN

(Asustada.) ¿Es muy charlatana?

ROSARIO

Un horror, señorita, un horror.

CARMEN

Procuraré no darla conversación.

ROSARIO

No, si aunque la señorita quiera hablar no la dejará. Se lo dice todo ella.

CARMEN

Dila que pase, y, mientras, ve tu arreglando la alcoba del señorito.

ROSARIO

(Desde la puerta del foro.) Pase usted.

NICASIA

¿Da la señorita su permiso?

CARMEN

Adelante.

(Rosario hace mutis por primera izquierda.)

ESCENA IV

DICHOS, menos ROSARIO. NICASIA hablará muy de prisa, sin descansar y redichamente.

NICASIA

Buenas tardes tenga la señorita. ¿Cómo se encuentra la señorita? Y el señorito, ¿está bien? Vaya, lo celebro infinito. La señorita me perdonará que haya subido con la doncella para explicarla a la señorita los motivos que tengo para no poder entregar en este momento las llaves que la señorita me reclama. En este piso ha vivido antes que ustedes, como es natural, doña Pura Molinete, una señorita *(Con sorna.)*, con perdón sea di-

cho, y su madre; es decir, la señorita la llamaba *(Recalcando la frase.)* ¡mamá!; pero no debía de serlo, porque una mañana que estaba una servidora limpiando con Amor y una gamuza la chapa que tiene colocada en la puerta el médico del principal oí que estaban regañando, llamándola la señorita Pura varias veces "tía" a la que yo creía que era su madre.

CARMEN

(Interrumpiéndola.) Bueno; pero yo creo que esta historia que me está usted contando no tiene nada que ver con las llaves que me faltan, que es lo único que me interesa.

NICASIA

A eso voy, señorita; es decir, a eso vengo. La señorita Pura recibía diariamente la visita de un señor bastante viejo, pero muy apañadito. Una servidora le veía entrar todas las noches; pero salir, nunca; sin duda se marchaba cuando ya estaba cerrado el portal, y es posible que las llaves que faltan las tenga él.

CARMEN

Perfectamente; pero, al mudarse la inquilina, el señor a quien usted alude le entregaría las llaves.

NICASIA

No, señora; porque el señor se ha ausentado de Madrid, y la señorita Pura, con perdón sea dicho, se escapó con un traspunte picado de viruelas, dejándonos a deber dos mensualidades.

CARMEN

(Intranquila.) Pues hay que llamar hoy mismo al cerrajero para que cambie la cerradura.

NICASIA

Ya tengo orden del señor administrador para hacerlo así, señorita. ¡Le digo a usted que se lleva una cada desengaño! ¡Si una pudiera hablar!

CARMEN

¿Más aún? ¡No, por Dios!

NICASIA

En fin; yo soy muy callada, y sólo procuro servir y ser útil a los inquilinos. Verá usted: vive en una de las guardillas... *(Carmen se levanta, procurando cortar la conversación, sin conseguirlo.)* un pobre hombre, solo y enfermo, que tiene el bazo desprendido, y el médico le dijo a una vecina que era necesario darle unas friegas; y yo, aunque no me gusta meterme donde no me llaman, me da tanta lástima del vecino, que todas las noches, cuando cierro el portal, subo a su habitación, y, cuando menos lo espera, me abalanzo sobre su cuerpo, le cojo por debajo de los brazos, le pongo boca abajo encima de una tabla para manejarlo mejor, y, después de frotarle bien con un cepillo de las botas, le envuelvo en un refajo, le meto otra vez en la cama y nos ponemos a jugar a la brisca para entretenerle hasta que se queda dormido, y entonces le dejo arropado y me voy. Yo soy así, señorita. En fin, señorita; con su permiso, si no desea usted nada de mí, me retiro. *(Carmen suspira y suavemente va empujando a Nicasia hasta la puerta del foro.)* He tenido mucho gusto en conocer a la señorita; y ya lo sabe: si alguna vez se ponen los señoritos enfermos, tendré mucho gusto en servirles de enfermera.

CARMEN

(Sin dejar de empujarla hacia la puerta.) Muchas gracias, portera, muchas gracias. Ya lo tendré presente.

NICASIA

En la portería, a las órdenes de los señoritos. Nicasia Hablapoco de la Ventosilla, servidora de usted. Adiós, señorita. He tenido mucho gusto. *(Hace mutis por el foro, siempre empujada por Carmen.)*

ESCENA V

CARMEN, PEPITA y JOAQUIN

CARMEN

(Sentándose, desfallecida, en el sofá.) ¡Virgen del Carmen, qué portera! *(Se oye dentro sonar un timbre. Carmen, asustada, se levanta.)* ¡Dios mío! ¿Será otra vez?

JOAQUIN

(Desde la puerta del foro.) ¡La señorita Pepita!

PEPITA

(Entrando.) ¿Qué tal, monísima?

(Joaquín hace mutis, mientras Carmen y Pepita se besan despiadadamente.)

CARMEN

Perfectamente. ¿Y tú? ¿Y tus papás?

PEPITA

Mamá está malucha. ¡Nos ha dado un susto...!

CARMEN

(Con interés.) ¿Qué le ha ocurrido?

PEPITA

Estaba esta mañana en el ropero, y como la pobrecilla es tan corta de vista, metió la cabeza en un baúl para coger no sé qué cosa y se le cayó la tapa encima del cogote, y ha estado en un tris que no se ahogara, porque, como se quedó con la cabeza dentro, aunque empezó a dar gritos no la oíamos.

CARMEN

¡Jesús, qué desgracia! Pero ¿se ha lastimado?

PEPITA

Afortunadamente, no; porque inmediatamente que oímos los gritos, papá, que había acudido en su auxilio, le puso un pisapapeles en el sitio lesionado, lo primero que encontró a mano, y debido a esta precaución no se le ha hinchado nada.

CARMEN

Me alegro muchísimo... Y ¿a qué debo el gusto de verte a estas horas por mi casa?

PEPITA

Perdóname que haya venido hoy a visitarte, estando, como estarás, cansadísima con la mudanza; pero el caso es tan urgente para mí que, abusando de tu amistad, no he reparado en nada.

CARMEN

Ya sabes que te quiero como a una hermana y que siempre que quieras puedes venir a esta casa, que es la tuya.

PEPITA

Ya lo sé, Carmen; y precisamente porque lo sé vengo a pedirte un favor que solamente por considerarte como una hermana espero no me has de negar.

CARMEN

Si depende de mí, cuéntalo por hecho.

PEPITA

(Muy contenta, besa a Carmen.) Gracias, Carmen, muchas gracias; no esperaba menos de ti... Pues el favor...

CARMEN

(Interrumpiéndola.) Espera un segundo. Voy a mandar que den luz y que pongan un cubierto más, porque supongo que te quedarás a cenar conmigo.

PEPITA

(Dudando.) No sé qué hacer. Como he dejado a mamá así...

CARMEN

Lo de tu mamá, afortunadamente, no ha sido nada. Mira, podemos hacer una cosa. Tú te quedas a cenar con nosotros y después te acompañamos a tu casa, y así veré a tu mamá. Habrás venido con la doncella.

PEPITA

Sí; en el recibimiento está sentada.

(Carmen toca un timbre que estará colocado a la izquierda de la puerta del foro y debajo de la llave de la luz.)

ESCENA VI

DICHOS y JOAQUIN

JOAQUIN

¿Llamaba la señora?

CARMEN

Diga usted a la doncella de la señorita que puede retirarse; que la señorita come con nosotros, y que, después de cenar, la llevaremos a su casa.

JOAQUIN

¿Manda algo más la señora?

CARMEN

Encienda la luz de este aparato y ponga un cubierto más en la mesa.

(Joaquín enciende el aparato, haciendo mutis por el foro.)

ESCENA VII

DICHOS, menos JOAQUIN

CARMEN

(Sentándose en el sofá y dirigiéndose a Pepita.) Quítate el sombrero, siéntate aquí a mi lado y háblame de tus amores, porque estoy segura que a eso has venido. ¿Me engaño?

PEPITA

(Se quita el sombrero, que deja al lado de una butaca, sentándose junto a Carmen.) No, Carmen, no te engañas. Vengo, efectivamente, a hablar de mis desgraciados amores, pidiéndote me protejas y advirtiéndote que si tú me abandonas, estoy tan desesperada que haré un disparate.

CARMEN

Vamos, vamos. Ten juicio. No te dejes llevar de tus nervios, y cuéntame todo lo que te pasa.

PEPITA

Lo de siempre, Carmen, lo de siempre. Que mis padres se empeñan que deje a Policeto, y yo, por más que quiero obedecerlos, no puedo dejar de amar a ese joven. ¡Es tan bueno el pobrecillo, y tan cariñoso, que no tengo corazón para dejarle! ¿Tú crees que yo puedo olvidar a un hombre que la otra noche, cenando con un amigo en el Palace Hotel, me guardó una raja de merluza frita porque sabe que me gusta con delirio, y a la media hora me la dejaba en la portería, dentro de un sobre de tarjetas? ¿Tú crees que yo puedo destrozar el corazón de ese muchacho, que le domino con mi cariño, que hace cuanto yo le mando y que hasta me ha llegado a proponer que si yo quiero nos fugamos a un país desconocido?

CARMEN

Pero ¿qué razones ponen tus padres para no permitir tus amores?

PEPITA

Dicen que está raquítico y escrofuloso, y por eso no consienten que me case con él, pues aseguran que si llegara a tener hijos serían manojitos de cordilla. Yo a mamá llegaré a convencerla; pero a mi padre, no; pues el otro día, que me sorprendió en el balcón hablando con él, me cogió por un brazo y me metió dentro, diciéndome que como volviera otra vez a ver a Policeto rondando mi calle, bajaba y me subía su cabeza envuelta en un "Imparcial". ¡Y lo hace! ¡Vaya si lo hace!

CARMEN

Bueno; y ¿qué quieres que haga yo en vuestro favor?

PEPITA

Mi plan es este: Yo voy a hacer creer a mis padres que he terminado con Policeto, y le diré a

éste que no aparezca más por mi calle ni me siga a ningún sitio, y un día a la semana, a la hora que tú nos indiques, vengo a tu casa, sube Policeto también, y delante de ti hablamos una hora, o lo que tú quieras. ¿Qué te parece mi plan?

CARMEN

Lo que me pides, Pepita, es muy comprometido. Ya sabes tú el marido tan celoso que tengo, y es muy expuesto meter a un chico joven en mi casa teniendo mi marido guerra declarada a la juventud.

PEPITA

(Sollozando.) Ya lo sabía yo esto. Todo se cierra en mi camino. El freno que llevaba el carro de mi esperanza se ha roto, y bajo precipitadamente por la pendiente que me conduce a la desgracia.

CARMEN

Aunque me expongo a tener un disgusto muy gordo, para que veas que mi cariño es verdadero, acepto tu proposición, con todas sus responsabilidades, pidiendo a Dios que no se encuentre mi marido a tu novio en esta casa, porque, con el genio que tiene, ten por cierto que te casas con Policeto "in articulo mortis".

PEPITA

(Muy contenta.) Gracias, Carmen, muchas gracias. Jamás olvidaré este favor. ¡Qué contento se va a poner cuando le diga que tú aceptas nuestra proposición! *(Mirando por el balcón y dirigiéndose a Carmen.)* Mírale. Allí está. *(Saludándole con la mano.)* No es mal tipo, ¿verdad?

CARMEN

(Mirando por el balcón.) Tiene la nariz bastante grande.

PEPITA

Es que ha padecido de erisipela, y cuando está el tiempo húmedo se le pone del color de la lombarda; pero quitándole ese pequeño defecto no es feo, ¿verdad?

CARMEN

No está mal.

PEPITA

¿Me permites que le diga que estás de nuestra parte?

CARMEN

Bueno; pero ten cuidado no te vean, porque si mi marido se entera...

PEPITA

(Abre las vidrieras del balcón y habla con precaución a Policeto.) ¡Oye! ¡Acércate!... ¡Ven, hombre!

CARMEN

(Mirando por encima del hombro de Pepita.) Parece que está atontado.

PEPITA

¡Como te ve a ti y no te conoce...! *(A Policeto.)* Mi amiga Carmen... *(A Carmen.)* Que te saluda. *(Carmen hace una inclinación de cabeza, contestando al saludo de Policeto.)* te permite que subas. ¿Que cuándo? *(A Carmen.)* Que cuándo puede subir.

CARMEN

Cuando tú quieras. Esta misma noche, a las diez, que mi marido ya se habrá ido a la Peña. Es una locura la que cometo, y bien me lo puedes agradecer.

PEPITA

Con toda mi alma. *(A Policeto.)* Vete a cenar, y a las diez subes. Ponte la piel de conejo debajo de la camisa, que esta noche hace mucho frío y te puedes acatarrar.

CARMEN

(Asustada.) ¡Que viene mi marido!

PEPITA

¿Dónde está?

CARMEN

(Mirando con gran cuidado por detrás de las vidrieras del balcón.) Ahora le tapa aquel guardia

que está en la esquina. Como nos haya visto, para qué queremos más. *(Entorna las hojas del balcón.)* Vámonos al comedor para que no nos encuentre aquí cuando él entre. *(Hacen mutis muy de prisa por segunda izquierda.)*

ESCENA VIII

DON ANATOLIO aparece por la puerta del foro, con gabán y sombrero puestos. Con gran precaución va avanzando, andando con la punta de los pies. Cuando está próximo al balcón da un salto, abriendo las vidrieras bruscamente.

ANATOLIO

¡Nadie! Y, sin embargo, yo juraría haber visto a mi mujer asomada. ¿Me estará engañando? Hay que estar alerta y vigilar a la servidumbre. Mientras tanto, disimulemos.

ESCENA IX

ANATOLIO, CARMEN y PEPITA. Anatolio se quita el gabán, que deja, con el sombrero, en una butaca. Carmen sale con Pepita por segunda izquierda.

CARMEN

(No nos ha debido ver.)

ANATOLIO

(A Pepita.) ¡Caramba! ¡Tanto bueno por mi casa! ¿Cómo está usted? ¿Y sus papás?

PEPITA

Papá, bueno, gracias a Dios y al bicarbonato de sosa; pero mamá hoy está malucha.

ANATOLIO

Eso es lo peor; pero ¿es cosa de cuidado?

CARMEN

No, no tiene importancia. Pepita cena con nosotros, y esto te demostrará que su mamá no tiene nada.

ANATOLIO

Más vale así. *(Carmen y Pepita hablan en voz baja.)* (Me parece que Carmen está intranquila. ¡Calma, Anatolio, calma! Contén tus nervios y observa.)

CARMEN

(A Anatolio.) Cuando quieras podemos cenar.

ANATOLIO

(Tiene prisa. No pienses mal, Anatolio, y espera.) Ahora mismo voy. Id andando, y al momento seré con ustedes.

CARMEN

No tardes.

ANATOLIO

Cuestión de cinco minutos.

(Carmen y Pepita hacen mutis por segunda izquierda, y Anatolio, por la primera.)

ESCENA X

ROSARIO; a poco, DON ANATOLIO

ROSARIO

(Sale por la puerta del foro, y después de mirar a todos lados, saca del bolsillo del delantal un carrete con hilo, y del pecho una carta, que ata al hilo del carrete.) Como es casi seguro que estando aquí la señorita Pepita no salga el señor, voy a decir a Baldomero que no me espere.

(Abre el balcón con mucho cuidado, y después de hacer señas empieza a echar la carta por el balcón, desenrollando poco a poco el hilo del carrete, que tendrá en la mano derecha. Don Anatolio, que sale por primera izquierda, se fija en la maniobra que está haciendo Rosario, y dirigiéndose, sigiloso, al balcón, al llegar junto a ésta, que estará distraída, le dará un golpecito en el hombro. Rosario, asustada, se vuelve, poniendo la mano en que tiene el carrete en la espalda.)

ROSARIO

¡El señorito!

ANATOLIO

¿Qué hace usted aquí?

ROSARIO

¡Qué compromiso!

ANATOLIO

Retírese usted inmediatamente del balcón. (Aquí hay gato encerrado.) *(Rosario se queda parada.)* Pero ¿qué hace usted ahí? ¡Váyase inmediatamente a la cocina, si no quiere salir por el balcón!

(Rosario, atemorizada, sale del balcón, siempre con el carrete en la mano, llevando ésta en la espalda. En esta posición atraviesa la escena, haciendo mutis por segunda izquierda. Después que Rosario haya desaparecido saldrá del balcón la carta que aquélla ató al hilo e irá andando por la escena. Don Anatolio, que está parado en el centro del gabinete, al ver el papel misterioso da un salto, asustado.)

ESCENA XI

ANATOLIO

¡Santo Dios! ¿Qué es esto? *(Sigue al papel, que continúa andando, y le pone el pie encima para cogerle.)* ¡Una carta! ¡Ah, infame! ¡Aquí está la prueba! *(Rasga el sobre nerviosamente, leyendo la carta.)* "Baldomero mío: Esta noche no podremos hablar, como de costumbre, porque hay visita y mi odioso amo no saldrá. Te tengo guardados un higo de Fraga y unas pasitas para que mañana te las comas, con los rabitos, y así no te olvidarás de tu chatita." *(Estrujando la carta con desesperación.)* Conque ¿tu chatita? ¡Y a mí me llama su amo odioso! ¡Su verdugo! Eso es lo que voy a ser. ¡Infame! ¡Mala esposa!... Y la combinación está bien hecha. ¡Vive Dios! La doncella es su cómplice, y, suponiéndose que hoy no saldría yo por estar aquí Pepita, ha escrito al amante de mi mujer lo que ésta le haya dictado. Está bien claro; pero como la carta la tengo yo, subirá; y cuando suba... ¡Calma, Anatolio, calma! Que no se diga

que un coronel que en la última guerra de Cuba recibió un machetazo en el vientre y para poder llegar al campamento sin que se le salieran los intestinos le pusieron el corsé de una cantinera, y así anduvo siete kilómetros sin hacer ni un gesto de dolor; yo, que demostré entonces energía, ahora tengo que obrar con calma. Hay que cogerlos a los dos juntos, y entonces mi venganza será terrible. A ella la martirizaré dándole tormentos horrorosos; pero primero pensemos el plan que he de seguir para sorprenderlos. *(Pensativo.)* ¡Eso es! Con cualquier pretexto, me voy a la calle ahora mismo; me llevo la llave de la puerta, y cuando estén en el comedor, entro, sin que me vean, y me oculto en mi alcoba, esperando a que se vaya Pepita. Una vez sola mi mujer, tengo la seguridad que subirá el ladrón de mi honra. Y si sube... Alguien viene. Disimulemos.

ESCENA XII

ANATOLIO, CARMEN y PEPITA, que salen por segunda izquierda.

CARMEN

(A Anatolio.) ¡Hombre, por Dios, que ya nos hemos comido todo el salchichón!

ANATOLIO

Dispensadme. He estado revisando unos papeles, y ahora recuerdo que tengo que bajar a la estación a esperar a mi amigo Barajas, que viene, con su señora, de... San Sebastián. *(Habla atropelladamente, sin saber lo que dice.)*

CARMEN

¿De San Sebastián? ¿Pues no me dijiste anteayer que ese señor estaba no me acuerdo en qué punto?

ANATOLIO

Sí; en efecto, de San Sebastián viene su esposa, y de Vitoria, Barajas... ¡Eso es!

CARMEN

Pero ¿te vas a marchar sin cenar?

ANATOLIO

(Poniéndose el gabán.) En el Casino tomaré cualquier cosilla. *(A Pepita.)* Usted me perdonará...

PEPITA

Por Dios, don Anatolio, ¡pues no faltaba más! (¡Si precisamente lo que deseo es que te vayas!)

ANATOLIO

A los pies de usted. Y mis afectos a sus papás.

PEPITA

Muchas gracias, don Anatolio.

ANATOLIO

(A Carmen, dándola un cachetito cariñoso en una mejilla.) Hasta luego... *(Recalcando mucho la frase.)* ¡chatita! *(Conteniéndose.)* (¡Calma, Anatolio, calma!) *(Hace mutis por el foro rápidamente.)*

ESCENA XIII

CARMEN y PEPITA

PEPITA

Anda, anda, vamos a cenar pronto, que ya son cerca de las diez, y Policeto se va a presentar cuando estemos comiendo.

CARMEN

No te preocupes por eso. Si viene cuando estemos cenando le mandamos pasar al comedor, y asunto concluído.

PEPITA

Tengo miedo que se corte.

CARMEN

(Al hacer mutis con Pepita por segunda izquierda.) ¡Qué se va a cortar, mujer, qué se va a cortar!

ESCENA XIV

POLICETO y JOAQUIN

JOAQUIN

(Desde el foro.) Tenga la bondad de pasar, caballero.

POLICETO

(Entrando. Es un pollo elegantemente vestido.) ¡Caray! ¡Qué temperatura tan agradable reina en este gabinete! Diferencia a la de la calle, que hace un fresquete que yo creo que traigo escarcha entre la camiseta.

JOAQUIN

Voy a anunciar al señorito.

POLICETO

No se moleste usted. Esperaré sentado a que buenamente salgan. *(Se sienta con cierta cortedad en una silla.)*

JOAQUIN

Tengo orden de la señora de avisarle su llegada.

POLICETO

En ese caso, ella es el ama y puede hacer lo que quiera en su casa.

JOAQUIN

Con su permiso. *(Hace mutis por segunda izquierda.)*

POLICETO

Usted lo tiene... (Quiera Dios que no me corte delante de la dueña de esta casa cuando le dé las gracias; porque yo creo que lo primero que tengo que decir es *(Accionando como si estuviera delante de la señora):* Señora: El favor que me hace consintiendo que hable con Pepita es inmenso; porque yo la adoro, sí, la adoro, y sería hombre perdido si me quedara sin Pepita. Créame, señora, que mi agradecimiento llegará hasta más allá de la tumba, porque...)

JOAQUIN

(Saliendo.) ¡Caballero!

POLICETO

(¿Me habrá oído?)

JOAQUIN

Tenga usted la bondad de seguirme.

POLICETO

(Este me pone de patitas en el arroyo.) ¿Dónde me lleva usted?

JOAQUIN

Al comedor.

POLICETO

Menos mal. Vamos donde usted quiera. *(Mutis con Joaquín por segunda izquierda.)*

ESCENA XV

ANATOLIO, que entra con gran precaución por el foro, atravesando la escena.

ANATOLIO

Nadie me ha visto entrar. Ahora, esperaremos ocultos a que se quede sola mi mujer; y como suba el hombre que me roba mi dicha... *(Saca del bolsillo del gabán un revólver.)* ¡Dios mío! Como suba, lo van a tener que llevar al Depósito en una espuerta. *(Mutis por primera izquierda.)*

ESCENA XVI

CARMEN, PEPITA y POLICETO, por segunda izquierda.

POLICETO

Señora, le repito que mi agradecimiento lo guardaré eternamente en lo más hondo de mi pecho.

CARMEN

No me tiene usted que agradecer nada. Todo esto lo hago con sumo gusto, y sólo espero que

lleguen ustedes a realizar sus proyectos. Yo hablaré con los papás de Pepita, y tengo esperanzas que consentirán los amores.

PEPITA

No conoces a mi padre.

CARMEN

Confíen en mí.

POLICETO

(Entusiasmado.) Gracias, señora, gracias. Con sus palabras de esperanza siento que mi valor renace, y en estos momentos lucharía con cien leones que se me pusieran delante por conseguir la mano de Pepita. Siento un cosquilleo por la espina dorsal como si me estuvieran pasando un higo chumbo sin pelar, y esto debe ser el valor, que me sale por los poros. ¡Que vengan a quitarme su cariño!...

ESCENA XVII

DICHOS y ROSARIO, que sale, asustada, por el foro.

ROSARIO

(A Carmen.) ¡Señorita! ¡El señor está en casa!

(Carmen y Pepita se sobresaltan.)

POLICETO

(Con un miedo horrible.) ¡Recebolleta!

CARMEN

¿Dónde le has visto?

ROSARIO

Le he oído abrir la puerta.

CARMEN

(A Policeto.) Estamos perdidos. ¡Es usted hombre muerto como mi marido le vea aquí!

POLICETO

¡Como no traiga prismáticos...! *(Se dirige hacia el balcón para tirarse por él. Carmen le coge por la americana.)*

CARMEN

¡Calma, calma! Apaguemos la luz. *(A Policeto.)* Usted, oculto detrás de esta cortina, espera a que pase, e inmediatamente sale usted al recibimiento, que mi doncella le bajará a la calle.

POLICETO

(Como si fuera un perro faldero.)

CARMEN

Y nosotras, vámonos al comedor.

(Apaga la luz. Policeto, temblando de miedo, se envuelve en la cortina.)

POLICETO

¡Adiós, Pepita amada! ¡Muero pensando en ti!

PEPITA

¡Calla! *(Mutis con Carmen por segunda izquierda.)*

POLICETO

(A Rosario.) Voy a morir como un conejo, apreciable joven.

(Rosario se esconde con Policeto.)

ESCENA XVIII

DICHOS y DON UBALDO, que aparece por la puerta del foro. Trae un guardapolvo puesto y gorra de viaje, y en las manos, cuanto pueda traer respecto del equipaje. En la derecha trae dificultosamente una cerilla encendida, que será la única luz que ilumine la escena.

UBALDO

No he querido avisar mi llegada a Pura porque he querido darla una sorpresa... Esta habitación está transformada. *(Al quemarse con la cerilla los dedos.)* ¡Cuernos!... No se oye el menor ruido. Sin duda estará ya acostadita. *(Sigue andando hacia primera izquierda, siempre sigilosamente.)* La voy a despertar con un dulce beso. ¡Cómo me tiemblan las piernas! Debe ser la emoción. ¡Ay,

Pura, Pura! ¡Qué sorpresa vas a recibir! *(Hace mutis por primera izquierda.)*

ROSARIO

(A Policeto.) La mano, joven.

POLICETO

(Alargándosela.) Tenga usted.

ROSARIO

Digo que se fije dónde pone usted la mano, que eso que estaba usted tocando era parte de una servidora.

(Carmen y Pepita salen muy despacio por segunda izquierda, y Policeto y Rosario, por segunda derecha. Al ir Carmen a encender la luz se oye dentro una detonación de arma de fuego. Policeto corre a esconderse en segunda derecha, y los demás personajes se quedan, atemorizados, junto a la puerta del foro.)

POLICETO

¡Socorro! ¡Guardias!

ESCENA XIX

CARMEN, PEPITA, DON ANATOLIO, DON UBALDO, ROSARIO y JOAQUIN. Ubaldo sale atropelladamente por primera izquierda, huyendo y dejando caer en su carrera todos los bultos que lleva. Don Anatolio le sigue.

PEPITA

(Aterrada, abrazándose a Carmen.) ¡Han matado a mi Policeto!

(Carmen enciende la luz.)

UBALDO

(Sin saber dónde meterse.) Pero ¿dónde me he metido yo? ¡Socórranme, señoras, que me matan!

CARMEN

(Huye, con Pepita, de Ubaldo, que corre a ocultarse tras ellas.) ¡Joaquín! ¡Socorro!

(Anatolio, con una pistola en la mano, persigue a Don Ubaldo, que se oculta detrás del sofá, en cuclillas. Joaquín, por el foro, sujetando a Anatolio.)

ANATOLIO

No te escondas, cobarde. Sal.

UBALDO

(Sacando un poco la cabeza por detrás del sofá.) (¡En seguidita! Pero ¿quién será este tío carnicero?)

CARMEN

(A Anatolio.) Pero ¿qué es esto? ¿Quién es ese hombre?

ANATOLIO

¡Y tú me lo preguntas! ¡Infame! ¡Mala esposa! ¡Chata! Niega, niega ante la realidad.

CARMEN

Pero ¿qué quieres que niegue?

ANATOLIO

Que ese hombre indigno que se halla ahí, detrás de ese sofá, cobardemente escondido, y a la altura de una escupidera, no es tu amante.

CARMEN

¡Mi amante!

PEPITA

Pero ¿qué dice usted, don Anatolio?

ANATOLIO

(A Carmen.) Lee esta carta.

CARMEN

Yo no he escrito eso; pero, ya que dudas de mí, ahora mismo me voy con mi madre.

UBALDO

(Sacando un poco la cabeza por detrás del sofá.) Y hará usted pero que muy bien.

ANATOLIO

Usted se calla.

UBALDO

No, señor, no me callo; porque, sepa usted, señor mío, que aquí hay una equivocación. Sepa usted, caballero, que, si usted está furioso, también lo

estoy yo, aunque no lo demuestre por el cansancio del viaje, que me priva del valor preciso de ponerme frente a usted y manifestarle que en esta casa he vivido yo, clandestinamente, pero he vivido.

CARMEN

Acabáramos. Ya sé quién es este caballero. *(A Ubaldo.)* Salga usted y dispense el susto que le ha proporcionado mi marido. *(A Rosario.)* Rosario, diga usted a la portera que venga en seguida. *(Mutis Rosario por el foro.)*

ESCENA XX

DICHOS, menos ROSARIO

UBALDO

Eso es. Que venga la portera.

CARMEN

(A Anatolio.) Y tú ten calma y espera un poco.

ANATOLIO

Esperaré. *(A Ubaldo.)* Pero pida usted al santo de su devoción que su presencia en esta casa me la explique claramente la portera, porque si no... *(Le apunta con el revólver.)*

UBALDO

(Escondiéndose de nuevo.) Bueno; pero mientras tanto, baje usted la boca de ese arma, ¡caray!

ESCENA ULTIMA

DICHOS; ROSARIO y NICASIA, por el foro; después, POLICETO

ROSARIO

Aquí está la portera.

NICASIA

(Saludando finísima.) Buenas noches, señoritos. ¿Cómo están los señoritos?

ANATOLIO

(Bruscamente.) Déjese usted de cumplidos porteriles y conteste a las preguntas que le voy a hacer.

NICASIA

Ya me ha dicho su doncella lo que ocurre. ¿Dónde está don Ubaldo?

ANATOLIO

¿Quién es don Ubaldo?

UBALDO

Un servidor de usted.

NICASIA

Este señor es un inquilino que habitó este piso antes que los señoritos, y que, por lo visto, no se ha enterado que la señorita Pura se ha mudado; y, ¡es claro!, como, sin duda, no lo sabía, ha entrado confiadamente, creyendo que esta casa aun era la suya.

ANATOLIO

Pero ¿cómo ha entrado, si yo he cerrado la puerta con llave?

NICASIA

Muy sencillamente, señorito. Porque aquí, don Ubaldo, siempre llevaba un llavín de la puerta de este piso, y ya sabe el señorito que casa con dos llaves mala es de guardar.

CARMEN

¿Te has convencido ya?

PEPITA

Es claro que sí.

ANATOLIO

¿Y esa carta?

ROSARIO

Era para mi novio, señorito.

ANATOLIO

(A Rosario.) Usted, mañana por la mañana, a la calle. *(A Ubaldo.)* Y usted, perdóneme el atro-

pello que he cometido; pero comprenderá que tengo disculpa. Me subleva cuando un hombre se esconde. Si usted me hubiera dicho quién era...

UBALDO

¡Caramba, cualquiera se acercaba a usted!

POLICETO

(Desde la derecha.) (Estoy haciendo aquí el ridículo. Yo me presento, y sea lo que Dios quiera.) *(A don Anatolio.)* ¡Caballero!

ANATOLIO

¿Quién es ese hombre?

UBALDO

(Un colega.)

PEPITA

(Presentando a Policeto.) Policeto Reglilla, mi novio, a quien me he permitido decir que subiera a su casa de usted para pedirle a Carmen nos proteja en nuestros desgraciados amores.

ANATOLIO

Ha hecho usted perfectamente en disponer de esta casa, puesto que es la suya, y cuente con mi apoyo.

POLICETO

Muchas y repetidas.

NICASIA

Yo, con su permiso, me retiro.

UBALDO

Espere, que me iré con usted para refrescarme este ojo.

ANATOLIO

De ninguna manera. Usted se lava en esta casa, que es la suya, puesto que desde este momento somos amigos, esperando que no me guardará rencor ni me mirará con malos ojos.

UBALDO

Hombre, en este momento no sé cómo le miro,

porque me ha puesto usted este ojo que parece una yema escarchada.

ANATOLIO

Perdóneme usted, y esta es mi mano.

UBALDO

¿Perdonarle? Desde luego. Está usted disculpado. No ha sido nada lo del ojo.

POLICETO

Aquí no ha pasado nada.

CARMEN

Y yo, con permiso de mi esposo, que aun está trastornado por la emoción, voy a permitirme ofrecer a ustedes la casa.

ANATOLIO

No. Esta, no.

CARMEN

¿Por qué?

ANATOLIO

Porque... mañana nos mudamos.

CARMEN

(Al público.)

Por la obsesión de unos celos
vuelvo a estar desesperada;
mas no temo a las mudanzas
si premias tú mis andanzas
con una sola palmada.

TELON

Precio: UNA peseta.